

nes de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y voluntario castigo. Y se estremeció y horrorizó por cierto, reflexionando cuánta debia ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortificación no bastaba á satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmiendo, se reclinó en el duro lecho, donde el cansancio que las variadas escenas del dia y de la noche debian producir, le proporcionó muy en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana tuvo con el ermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vió obligado á detenerse dos dias en la caverna; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fué dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

## CAPITULO VI.

Mudemos ahora de escena con nuestro lector, y pasemos de la soledad montañosa del Jordan al campo del rey Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y San Juan de Acre, y en que se hallaba el ejército que aquel monarca, mas conocido



por su sobrenombre de Corazon de Leon; habia prometido conducir en triunfo á los muros de Jerusalem. Y es de creer que hubiera realizado su promesa, si no se lo hubieran estorvado las envidias de los príncipes cristianos que habian tomado parte en la misma expedicion, y el enojo que en ellos producian la indómita altanería del monarca ingles, y el desprecio con que miraba á los otros soberanos; los cuales eran iguales suyos en gerarquía, mas no así en valor, en arrojo y en las demas prendas que constituyen al gran capitán. Estas discordias y reyertas, y especialmente las que se suscitaron entre Ricardo y Felipe de Francia, alzaron poderosos obstáculos á las activas medidas propuestas por aquel heróico aunque impetuoso caudillo, de cuyas resultas se disminuian diariamente las filas de los cruzados, y desertaban de ellas, no solo individuos sino tercios enteros, con sus gefes feudales á la cabeza; los cuales se apresuraban á abandonar la empresa de que no esperaban éxito favorable.

Fué ademas funesto, como sucede por lo comun, el influjo del clima á los soldados del norte, á todo lo cual se agregaba la vida disoluta y viciosa de los cruzados, que ofreciendo un singular contraste con el objeto que les habia puesto las armas en la mano, facilitaba y aumentaba los estragos del excesivo calor y de los maléficós rocíos. Ni debe omitirse, entre las causas del desaliento general el respeto que infundian las armas contrarias. Saladino, el mas ilustre de cuantos príncipes se recuerdan en la historia de Oriente, habia conocido á costa suya, que sus soldados armados tan á la ligera, no eran parte á resistir el choque de aquellos hombres de hierro, así como le habia proporcionado grandes escarmientos el carácter emprendedor de su antagonista Ricardo. Pero si sus ejércitos habian sido mas de una vez arrollados, y sufrido terribles descalabros, el número le daba grandes ventajas en las correrías y escaramuzas, que no siempre podian evitar los cristianos. A medida que disminuian las tropas de los invasores, mas



continuas eran las empresas de Saladino en este modo de guerrear. Circundaban y asediaban los reales de las huestes europeas, nubes de prestísimos y bien armados ginetes, que, como enjambre de abejas, eran fácilmente destruidos, si se lograba darles alcance, pero que tenian alas para eludir las fuerzas superiores, y sangrientos agujijones para herir y atormentar. Continuamente se encontraban los puestos avanzados y las partidas de forrage; interceptábanse los convoyes; cortábanse las comunicaciones, y en estos ataques se perdian muchas vidas preciosas, sin ganar ventaja alguna importante. A costa de su propia vida compraban los cruzados los medios de sostenerla; y el agua era como la del pozo de Bethlehem, tan suspirada por David, la cual solo podia conseguirse derramando sangre.

Aligeraba en gran manera el peso de estos males la inapeable fortaleza, y la incansable actividad del rey Ricardo, el cual, acompañado de sus mejores guerreros, estaba siempre á caballo, pronto á reparar el daño don-

de quiera que ocurría, y muchas veces, no solo llevando inesperados socorros á los cristianos, sino derrotando á los infieles cuando mas seguramente contaban con la victoria. Mas ni aun la férrea complexion de Corazon de Leon podia sobrellevar, sin experimentar fatales resultados, las alternativas de un clima tan insalubre y mortífero, unidas á los incessantes esfuerzos del cuerpo y del espíritu. Sobrevínole una de aquellas fiebres lentas y destructoras, que son tan comunes en Asia, y á despecho de su indómita constancia, y de su aun mas indómito brio, no solo le fué imposible montar á caballo, sino que ni aun pudo asistir á los consejos de guerra que de cuando en cuando celebraban los cruzados. No era fácil conocer si exasperaba ó mitigaba el padecer de Ricardo, la resolucion que habia tomado el consejo, de pactar una tregua de treinta dias con el soldan Saladino, porque por un lado le llenaba de despecho y de impaciencia la dilacion que esta medida ocasionaba á los progresos de su expedicion y á la ejecucion de sus planes; y por otro,



le consolaba algun tanto la seguridad de que los otros guerreros no podian conseguir gloriosos laureles, en tanto que él se hallaba ocioso y postrado en el lecho.

Mas lo que de ningun modo podia sobre llevar ni contemplar sin enojo el Corazon de Leon, era la inactividad general que prevalecia en el campo de los cristianos, desde que su enfermedad empezó á presentar síntomas graves. Lo poco que podia averiguar por los informes que le daban con rodeos y medias palabras sus asistentes le hacia conocer que sus huestes se abatian y desalentaban á medida que subia de punto su dolencia, y que los caudillos del ejército de la cruz empleaban el intervalo de la tregua, no ya en reclutar nuevas fuerzas, en reanimar su valor, en estimular y aguijonear sus deseos de conquista, preparando un pronto y determinado ataque á la santa ciudad, que era el objeto de su expedicion, sino en asegurar y defender el campo que sus reducidas tropas ocupaban, guareciéndole de trincheras, empalizadas y otras fortificaciones, como si se pre-

parasen á rechazar el choque de un poderoso enemigo, tan pronto como las hostilidades comenzasen, mas bien que á ponerse en la actitud que les correspondia de invasores y de vencedores.

Enfurecíase y bramaba el rey de Inglaterra cuando estas noticias llegaban á sus oidos, á manera de aprisionado leon que está viendo su presa al traves de las rejas de su jaula. La irritabilidad de su carácter, la impetuosidad de su índole, estallaban á veces, á pesar del abatimiento de sus fuerzas físicas. Habíanle cobrado miedo sus familiares y servidores, y hasta los médicos que le asistian se negaban á revestirse de la autoridad que necesariamente deben ejercer en sus pacientes los que practican aquella profesion. Quien únicamente osaba arrostrar los desahogos de su cólera, era uno de sus barones, que le miraba con el mas tierno cariño y aficion, y que quizas á efecto de su disposicion que congeniaba con la del rey, se oponia con serenidad y firmeza á su voluntariedad y des temple, atreviéndose á estas peligrosas dis-



putas tan sólo porque estimaba la vida y el honor de su soberano, mucho mas que el favor de que este podia privarle, y mucho mas que los inconvenientes á que se exponia, contrarestando los caprichos de un enfermo tan intratable, y cuyo enojo era tan terrible.

Sir Tomas era Señor de Gilsland, en el condado de Cumberlandia; pero como en aquellos tiempos incultos y alborotados no se observaba en los títulos y dictados la misma puntualidad que en el dia, los Normandos le llamaban el Lord de Vaux, y los Sajones, que se envanecian de la sangre que circulaba en las venas de aquel personage, le daban el dictado familiar de Tomas, ó Tom del Angosto Valle, con alusion al nombre de uno de los vastos y ricos estados que poseia.

Este caudillo habia peleado en casi todas las guerras que habia sostenido su pais, ora con los Escoceses, ora con los diferentes partidos y facciones que tantas veces habian alterado su reposo, y sembrado el territorio ingles de desventuras y miserias, distinguiéndose en todas ocasiones por el acierto de sus

medidas y por las hazañas de su valor. Sus modales eran las de un soldado tosco y desaliñado; violento en sus salidas; negligente en su porte; taciturno, y aun con visos de grosero en la conversacion; ageno de todo artificio cortesano, y de toda urbana y suave condescendencia. Sin embargo, los que le estudiaban de cerca, y creian haber descifrado su carácter, eran de opinion que aspiraba á grandes cosas, mientras menos cuidadoso parecia de la opinion agena: que su conducta era un sistema de astucia y de artificio, y que la semejanza que se notaba entre su índole precipitada y temeraria, y la de Ricardo, no era mas que un medio para atraerse el afecto y la confianza de este monarca, y allanar el camino á sus osados y ambiciosos pensamientos. Mas á pesar de todo, ninguno de los otros cortesanos pretendia rivalizar con él en la peligrosa tarea de asistir á un enfermo, cuyo mal era, segun los médicos, contagioso, y especialmente siendo este enfermo Ricardo de Inglaterra, aquejado por la furiosa impaciencia de un



soldado , privado de las ocasiones de adquirir mayor gloria, y por el ceñudo descontento de un rey despojado de su autoridad. Los soldados del ejército ingles creian generalmente que De Vaux asistia al rey como á un amigo y compañero , con aquella honesta y desinteresada franqueza comun entre soldados que arrostran juntos los peligros de la campaña

Al declinar de uno de aquellos ardorosos dias que inflaman el cielo de Asia , reposaba Corazon de Leon en su lecho, no menos abrumado por las penas de su espíritu, que por la dolencia que le habia postrado. La fiebre y la impaciencia aumentaban la viveza de sus grandes ojos azules, de suyo brillantes, expresivos y fogosos, los cuales relucian entre las mechas desordenadas de sus rubios cabellos, como los últimos rayos del sol, al traves de las nubes borrascosas que sus reflejos doran y matizan. Notábanse en sus facciones varoniles los progresos del mal destructor ; su barba desaliñada y esparcida cubria confusamente sus labios y mejillas. Su

agitacion continua , el desórden de su lecho, cuyas sábanas y colchas cubrian ora toda su persona , ora bajaban arrolladas al suelo, denotaban la inquietud, el despecho de una índole desasosegada, cuyos naturales elementos son el esfuerzo , el trabajo y la actividad.

Contrastaba con la actividad del malhadado monarca, la de Tomas de Vaux, que pocas veces se alejaba de su cabecera. Era gigantesca su estatura, y sus espesos cabellos podian compararse á los de Sanson, cuando los de este gefe israelita hubieron pasado por las tigras de los Filisteos ; porque el caballero ingles los llevaba cortos, á fin de que pudiese cubrirlos el yelmo. Fijos y tranquilos estaban sus grandes y fieros ojos, excepto cuando los atraia Ricardo con alguna violenta señal de enfado y mal humor. Sus facciones, aunque gruesas y fornidas, como correspondia á su persona, habian sido gallardas antes que las desfigurasen sendas heridas ; cubriale el labio superior, á uso de los guerreros normandos, un espeso y largo bigote, que se unia y terminaba en el cabello, y que como



este dejaba ver algunas canas entre sus oscuros y rizados tufos. Era enjuto de cintura, ancho de pecho; de largos y nervudos miembros, denotando en toda su contextura la mayor aptitud á sobrellevar las molestias del trabajo, y las mudanzas y rigores de los mas opuestos climas. Tres noches hacia que no se despojaba de su ropilla de ante, en que llevaba bordada la insignia de la cruz, y solo de cuando en cuando reclinaba la cabeza, y dormia algunos momentos, no permitiéndole otro reposo el esmero con que atendia al enfermo. Ni mudaba de postura, sino para administrar al rey alguna medicina ó refresco, por ser el único de sus servidores de cuyas manos podia reducirse á tomarlos, manifestando en estas ocasiones una afectuosa vigilancia, un tierno y delicado interes, que parecian sentimientos extraños en un militar tan inculto y grosero.

El pabellon en que estos dos personajes se hallaban era una simple tienda de campaña, sin mas adornos que los que estaban entonces en uso, y aparejada mas bien para

un guerrero que para un monarca poderoso. Veíanse esparcidas por el suelo de la tienda, y colgadas de los pilares que la sostenian, diversas armas ofensivas y defensivas, algunas de ellas de nueva invencion, y de extrañas formas y tamaños. Las colgaduras y alfombras se componian de pieles de fieras, muertas en las cacerías, en que Ricardo pasaba el tiempo que la guerra le dejaba libre, y sobre un monton de estos selváticos despojos, yacian tres enormes y fieros alanos, mas blancos que la nieve, señalados en sendas partes por las garras de sus enemigos, y ansiosamente atentos al lecho de su dueño, como si los apesadumbrase aquel reposo de que estaban condenados á participar. Todo este aparato anunciaba la mansion del soldado y del cazador: mas en una pequeña mesa inmediata á la cama estaba colocado el broquel de acero, de forma tiangular y cubierto de molduras, con los tres leones que el monarca habia tomado al principio por divisa, y delante del broquel, la diadema real, algo semejante á la que usaban los du-